

DESERTORES EN U.S.A.

Uno cada diez minutos

En la subcomisión de servicios armados del Senado de los Estados Unidos se ha descubierto que el número de desertiones durante un año en el Ejército del país asciende a 53.357. Este número es una progresión con respecto al del año anterior, en que las desertiones fueron de 40.227. (Por desertión se entiende en Estados Unidos «ausencia injustificada durante más de treinta días». Las «ausencias injustificadas» por menos de treinta días se elevaron a 155.536. En cuanto al período, se entiende por año el año fiscal, de 30 de junio a 30 de junio.) Desmenuzando la cifra de desertiones, el subcomité advierte que la proporción de una cada diez minutos debe considerarse como alarmante. Supone el equivalente en un año de trece divisiones y media de combate, de quince mil hombres cada una. De los 53.357 desertores, sólo 300 han sido llevados a los tribunales. El informe critica también la diferencia de criterio que se utiliza para penalizar a los desertores. Cita uno que fue sentenciado a dos años de trabajos forzados por haber permanecido cinco meses en el

Canadá, otro que fue castigado con tres años de cárcel por haber solicitado asilo en la Embajada soviética de Tokio y otro que huyó a Suecia donde permaneció más de un año cuando supo que iba a ser enviado a Vietnam, y que sólo fue castigado con cuatro meses de trabajos forzados cuando regresó a los Estados Unidos. Precisamente en el momento en que se hacía público este informe, el soldado Erwin Arnett ha sido condenado a cuatro años de trabajos forzados por haber desertado en el Vietnam. Es el primer soldado americano que consiguió desertar y huir del territorio vietnamita. Fue al Japón, de allí a la U. R. S. S. y luego a Suecia, donde encuentran asilo gran número de desertores americanos, ayudados por organizaciones pacifistas. Sin embargo, regresó voluntariamente a los Estados Unidos. Su ausencia duró diez meses. La sentencia deberá ser confirmada o modificada por un tribunal militar en Washington. Erwin Arnett ha declarado que apela directamente al pueblo y que pedía que se escribieran cartas al presidente protestando por la condena.

VLADIVOSTOK

La ciudad reivindicada



Una de las zonas que los chinos reivindican estos días, por razones históricas (véase en el artículo de Haro Tegen del número pasado), es la que tiene por centro la ciudad de Vladivostok, fundada por Alejandro II sobre un territorio obtenido por Rusia en el tratado de Aigun. A diez mil kilómetros de Moscú, la bahía

llamada «del Cuerno de Oro» tenía, sobre todo, un interés estratégico. Podía servir de cabeza de puente para una expansión rusa hacia el Extremo Oriente. La idea de Alejandro II apenas pasó de la teoría, y el pequeño puerto construido en aquella bahía no tuvo verdadero interés hasta que Nicolás II construyó el Transiberiano, la línea

férrica nacional más larga del mundo, que tenía su origen en Moscú y su final en Vladivostok. A partir de ese momento la ciudad comenzó a tener su verdadera importancia militar, política y económica. Situada en la frontera china y coreana, sobre el mar del Japón, frente a las islas niponas, fue pronto un centro de irradiación comercial. Tiene hoy cerca de medio millón de habitantes, un puerto muy frecuentado y una actividad comercial de la que depende el abastecimiento de los territorios interiores. Durante un tiempo, después de la Revolución, Vladivostok continuó siendo un foco de resistencia antibolchevique. Su población aumentó con el flujo de refugiados. En 1922 pasó definitivamente a manos de los revolucionarios, aunque se mantuvieron en ella muchos extranjeros. Se pensó en hacer de Vladivostok una especie de «escaparate», una ciudad libre, aunque controlada por la URSS, desde la que se pudiera traficar con otros países, en bienes y en ideas, pero Stalin no fue muy partidario de esa idea, y Vladivostok se fue convirtiendo poco a poco en una ciudad

soviética como las demás, aunque sin perder su carácter cosmopolita. Lo que Stalin le hizo perder en pintoresquismo se lo dio en riqueza, mediante la industrialización, con un desarrollo que ya nunca ha cesado. Se calcula que en los diez últimos años la producción industrial de la ciudad se ha multiplicado por tres. Capital de una importante provincia marítima, Vladivostok es el sostén de toda la actividad soviética en Extremo Oriente, y su importancia se acrecentará cuando esté terminada la electrificación del Transiberiano, que se calcula para 1971, de forma que las jornadas de viaje de pasajeros y mercancías con destino o procedencia de Moscú se acortará enormemente. Por otra parte, la inauguración de la ruta marítima a Odesa ha multiplicado también su importancia. Su capacidad militar ha sido demostrada por dos veces: primero, en la guerra ruso-japonesa de 1904, y luego, en la segunda guerra mundial. La cadena de islas situada frente a la bahía constituye una defensa que la ha hecho inexpugnable a todos los ataques desde el exterior.

LIBROS

Selección norteamericana



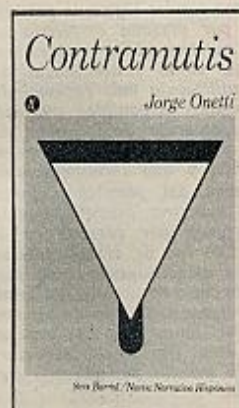
José Luis López Muñoz, que presenta esta Antología («Narraciones Postguerra U. S. A.», Editorial Novelas y Cuentos), se cree, con toda razón, en la obligación de defenderla contra posibles ataques alusivos a su gran limitación. Limitación evidente: por eso propone, para su selección, el adjetivo «peculiar».

Si, desgraciadamente, han quedado fuera nombres importantes: yo destacaría los de Styron, McCarthy, Mailer, y, seguramente, Salinger; el seleccionador los cita como ausentes, junto con otros no menos indiscutibles, como pueden ser los de Heller, Borgeaux-Chabot y Ellison.

Reconocida previamente la limitación por el propio antólogo, no cabe formular ningún reproche a la introducción en España y en castellano de nueve trabajos de otros tantos escritores, famosos en su país a partir de la segunda guerra mundial. No hace el caso que esta relación de nueve se encuentre constituida por escritores de distintas generaciones. Son todos ellos escritores de la postguerra; es decir, hombres — y mujeres — que han vivido las distintas situaciones atravesadas por Norteamérica desde 1945 hasta aquí: guerra fría, caza de brujas, coexistencia pacífica, guerras de Corea y del Vietnam. Se trata, pues, de autores que abundan en la problemática de una sociedad aparentemente estabilizada, pero profundamente desgarrada en su interior. Ellos nos dan la medida en

que la vida cotidiana se ve afectada en sus pequeñas crisis por la crisis general del sistema. La Norteamérica campesina, la provinciana, la de la gran ciudad, expresada casi siempre por medio de leves anécdotas, en las que se nos ofrece una imagen de las clases medias, la hallamos aquí, en las narraciones de Saul Bellow, Truman Capote, Malamud, McCullers, Updike, O'Connor, Cheever, Purdy y Roth. Estas, en realidad, la otra cara de los Estados Unidos, la que nos ocultan las noticias de prensa o los telefilms concebidos propagandísticamente. Por eso la labor de José Luis López Muñoz nos parece acertada y plausible. La colección «Narraciones Siglo XX» se enriquece de modo importante con la incorporación de este nuevo libro.

Onetti, de la latino-americana



No resulta exagerado situar a Jorge Onetti, un latinoamericano de 1931 nacido en Buenos Aires, pero con residencia habitual en Montevideo, en la primera línea de los nuevos y excepcionales narradores surgidos en la última década y en las postrimerías de la penúltima al Sur de Río Grande. Puede citarse perfectamente su nombre al lado de los de Cortázar, Benítez, Fuentes, Vargas Llosa... sin incurrir en apresuramiento. Si esta clasificación no estuviera suficientemente contrastada a través de la lectura de «Cualquiercosa», premio de cuentos de la Casa de las Américas hace cuatro años, aquí tenemos su «Contramutis», novela lar-